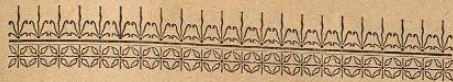


caelis, quotquot ipsum coram hominibus profiteri in terris recusarint. — Ad Nos quod attinet, vosque universos, nunquam profecto, dum vita suppetat, commissuri sumus, ut auctoritas, consilium, opera Nostra quoquo modo in certamine desideretur, opem; quoad debellatum erit, adfuturam.

Qua erecti fiducia, caelestium munerum auspicem, benevolentiaeque Nostrae tamquam pignus Vobis, Venerabiles Fratres, et Clero populoque universo quibus singuli praeestis apostolicam benedictionem peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die X Ianuari anno MDCCCLXXX, Pontificatus Nostri duodecimo.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Obispos, al clero y al pueblo de Italia.

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

DE lo alto de la Sede Apostólica, donde la divina Providencia Nos ha colocado para velar por la salvación de todos los pueblos, Nuestra mirada se posa frecuentemente sobre Italia, en cuyo seno, por obra de singular predilección puso Dios la Sede de su Vicario, y de donde, por otra parte, Nos vienen ahora múltiples y dolorosas amarguras. No Nos contristan las ofensas personales ni las privaciones y sacrificios impuestos por la actual situación de las cosas, ni las injurias y dictérios que una prensa procaz tiene plena libertad de lanzar contra Nos todos los días. Si se tratase solo de Nuestra persona, y no viésemos que Italia, amenazada en su fe marcha derechamente á su ruina llevaríamos en silencio las ofensas, contentos con repetir también Nos aquello que decía de sí mismo uno de nuestros más ilustres predecesores: «Si terra mea captivitas per quotidiana momenta non exeresceret, de despectione mea atque irrisione lætus tacerem (1)».

Pero además de la independencia y dignidad de la Santa Sede, se trata de la religión misma y de la salud de toda una nación, y de nación tal, que desde los primeros tiempos abrió su seno á la fe católica y siempre la conservó cuidadosamente. Parece increíble, pero es verdad: hemos llegado á punto de temer que nuestra Italia pierda la fe. Otras veces hemos dado la voz de alerta anunciando el peligro; pero no por eso creemos haber hecho bastante. Ante los continúos

(1) San Gregorio M.; carta al Emperador Mauriçio, Registro, 5.

y cada vez más fieros asaltos, sentíamos más poderosa la voz del deber que Nos estimulaba á hablarlos de nuevo á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro clero y al pueblo italiano. Como no da tregua el enemigo, así no Nos conviene permanecer silenciosos ó inertes ni á Nos ni á vosotros, que por divina merced fuimos constituidos en custodios y campeones de la Religión de los pueblos que nos fueron encomendados, Pastores y asiduos vigilantes de la grey de Cristo por la cual debemos estar prontos á sacrificarlo todo, si es preciso, hasta la vida.

No diremos cosas nuevas, porque los hechos, tales como son, no se cambian, y de ellos hemos hablado ya otras veces conforme lo reclamaba la ocasión. Pero aquí juzgamos conveniente recapitularlos en cierto modo y agruparlos como en un solo cuadro para que sirvan de enseñanza común las consecuencias que de ellos se derivan. Son hechos incontestables acaecidos en la plena luz del día: no aislados, sino conexos entre sí, de suerte que denotan evidentemente un sistema del cual son la realización y el desarrollo. El sistema no es nuevo, pero es nueva la audacia, el encarnizamiento y la rapidez con que ahora se va realizando.

Es el plan de las sectas que se desarrolla ahora en Italia, especialmente en la parte que toca á la Iglesia y á la Religión católica cuyo propósito final es notoriamente reducirla, si fuera posible, á la nada. Ahora es superfluo el formar el proceso de las sectas que se dicen masónicas; su juicio está ya hecho; los fines, los medios, la doctrina, la acción, todo es conocido con indiscutible certeza. Imbuidos del espíritu de Satanás, de quien son instrumentos, arden como su inspirador en odio mortal é implacable contra Jesucristo y sus obras, y enderezan todo su poder á abatirla y molestarla. Esta guerra, se hace hoy, más que en otras partes, en Italia donde la Religión hecchó más profundas raíces, y sobre todo en Roma, que es el centro de la católica unidad y la Sede del Pastor y Maestro universal de la Iglesia.

Conviene recordar desde el principio las diversas fases de esta guerra. Se empezó arrebatando, so color político, el principado civil de los Papas; pero la caída de éste, en las secretas intenciones de los verdaderos jefes, luego abiertamente declaradas, debía servir para la destrucción ó al menos para la servidumbre del Supremo poder espiritual de los Romanos Pontífices. Y para que no cupiese la menor duda sobre el verdadero objeto á que se miraba, vino enseguida

la supresión de las Ordenes religiosas, que disminuyó considerablemente el número de los operarios evangélicos para el sagrado ministerio y la asistencia religiosa, como para la propagación de la fe entre los infieles. — Más tarde se quiso extender hasta los clérigos la obligación del servicio militar, con la necesaria consecuencia de obstáculos graves y numerosos puestos á la conveniente formación del mismo clero secular.

Se puso mano en el patrimonio eclesiástico, parte confiscándolo absolutamente, y parte imponiéndole enormes sacrificios, para empobrecer al Clero y á la Iglesia y privarla de los medios que necesita aún para vivir y promover instituciones y obras que coadyuvan á su divino apostolado. Así lo han declarado paladinamente los mismos sectarios. «Para disminuir la influencia del Clero y de las asociaciones clericales, se ha de emplear un solo medio eficaz: despojarlos de todos sus bienes y reducirlos á una pobreza absoluta». Por otra parte, la acción directa del Estado trata de borrar de la nación el carácter religioso y cristiano; las leyes y cuanto forma la vida oficial procuran desterrar toda inspiración y vitalidad religiosa, cuando directamente no las hostiliza; las públicas manifestaciones de fe y piedad católica ó se prohíben ó con mil pretextos se embarazan.

A la familia se quita su base y constitución religiosa proclamando el matrimonio civil y haciendo laica la enseñanza desde la escuela á la Universidad, de suerte que las nuevas generaciones, en cuanto dependen del Estado, se ven obligadas á crecer sin ideas religiosas y sin las primeras y esenciales nociones de sus deberes para con Dios. Esto es poner la segur á la raíz del árbol, ni cabe imaginar medio más universal y eficaz para substraer á la influencia de la Iglesia y de la fe la sociedad, la familia y los individuos. «Debilitar por todos los medios el clericalismo (ó sea el catolicismo) en sus fundamentos y en las mismas fuentes de vida, esto es, en la escuela y en la familia», es la declaración auténtica de los escritores masónicos.

Se dirá que esto no sucede en Italia, sino que es un sistema de gobierno, al que generalmente se conforman las naciones. Respondemos que esto no destruye, antes bien confirma lo que decimos sobre los propósitos y actos de la masonería en Italia. Si aquel sistema se adopta y emplea donde quiera que la masonería ejercita su amplia y funesta acción y como ésta se propaga tanto, aquel anticristiano

sistema se aplica en las mismas partes. Y la aplicación se hace más rápida y general, y se lleva al extremo en aquellos países cuyos gobiernos están bajo la acción de la secta y más promueven sus intereses. Y desgraciadamente, en el número de estos países se halla la nueva Italia.

Ha tiempo que siente la influencia impía y maléfica de las sectas; pero ya ejercen dominación absoluta, tiranizándola á su arbitrio, y por eso la política por lo que á la Religión se refiere es conforme á las aspiraciones de las sectas, que encuentran en los depositarios de los poderes públicos declarados fautores y dóciles instrumentos. Las leyes contrarias de la Iglesia y las medidas injuriosas á las mismas se proponen, decretan y resuelven, primero en los conciliábulos sectarios y basta que una cosa aparezca, si bien de lejos, dañosa ó injuriosa á la Iglesia, para que enseguida se favorezca y promueva.

Entre los hechos más recientes recordaremos la aprobación del nuevo Código Penal, en que, con la mayor pertinacia, y á pesar de las razones en contrario, hay artículos contra el clero que son como la ley de excepción y consideran criminales algunos actos que son sagrados deberes de su ministerio.

La ley sobre las Obras Pías, por la cual todo el patrimonio que reunieron la piedad y la Religión de nuestros abuelos, á la sombra y con la tutela de la Iglesia, queda substraído á la intervención de ésta; esta ley la habían indicado ya las sectas hace algunos años para ofender á la Iglesia, rebajar su influencia social, y suprimir de una plumada grandes sumas destinadas al culto.

Añádase á esto la obra eminentemente sectaria, la erección del monumento al celebrado apóstata de Nola, promovida con el favor de las cabezas de la masonería, y por los más autorizados intérpretes del pensamiento; no hubo rubor en confesar su fin y declarar su significación, aquél fué injuriar al Pontificado, y ésta substituir á la fe católica la más absoluta libertad de examen de crítica, pensamiento y confianza, y ya se sabe lo que en boca de los sectarios significa semejante lenguaje.

Mucho contribuyeron á ello las declaraciones explícitas y públicas del jefe del Gobierno, que así se expresan: «La lucha real y verdadera que el Gobierno tiene el mérito de haber emprendido, es la que trava la Iglesia y el Estado, y el libre examen y la razón por otra parte».

Que la Iglesia quiere obrar y encadenar de nuevo la razón y la libertad del pensamiento, es lo que se añade.

El Gobierno en esta lucha declaróse abiertamente en favor de la razón contra la fe, y cree su deber hacer que el Estado italiano sea el intérprete de esta razón y libertad; triste deber que vemos con repetición afirmado en tales ocasiones.

A la luz de estos hechos y declaraciones, se ve que la idea principal respecto á la Religión es la que preside á la política italiana y forma la realización del programa masónico. Se vé cuánto va ya realizado, se sabe cuánto falta que hacer, y ciertamente puede preverse que, mientras Italia y su suerte estén en manos de jefes sectarios ó siervos de las sectas, se seguirá obrando más ó menos rápidamente, según las circunstancias, hasta realizar todo el plan.

Ahora se dirige su acción á los fines siguientes, según los votos y resoluciones de las más autorizadas Asambleas, todo inspirado en odio mortal contra la Iglesia:

«Abolición en las escuelas de toda instrucción religiosa, fundación de institutos en que se substraiga á las niñas de toda influencia clerical, cualquiera que sea, ya que el Estado, que debe ser absolutamente ateo, tiene derecho y deber de formar el corazón y el espíritu de los ciudadanos, y ninguna escuela debe substraerse á su inspiración y vigilancia; aplicación rigurosa de todas las leyes vigentes á asegurar la independencia absoluta de la sociedad civil de las influencias clericales; observación estricta de las leyes que suprimen las asociaciones religiosas y el uso de los medios que puedan hacerlas eficaces; organización de todo el patrimonio eclesiástico, partiendo del principio de que su propiedad pertenece al Estado y su administración al poder civil;

Exclusión de todo elemento católico y clerical de todas las públicas administraciones, obras pías, hospitales, escuelas y consejos en que se preparen los destinos de la patria: de las academias, círculos, asociaciones, comisiones y familia; exclusión general, eterna, en todas partes. Debe hacerse sentir la influencia masónica y hacerse dueña de todo. Con esto se allanará la vía para abolir el Pontificado, y quedará Italia libre de su implacable y mortal enemigo; y Roma; que antes fué el centro de la teocracia universal, será desde hoy el centro de la secularización universal, y desde ella se promulgará para el mundo la *magna charta* de la libertad humana». Estas son las aspiraciones, declaraciones

y acuerdos auténticos de los francmasones y de sus conciliábulos.

Sin exageración tal es el estado presente y tal el porvenir que presentamos para la Religión en Italia.

Error funesto sería el disimular tamaña gravedad. Reconocerlo tal cual es y afrontarlo con evangélica prudencia y fortaleza, deducir los deberes que esto impone á todos los católicos y Nos especialmente, que como Pastor debemos velar sobre ellos, Nos toca conducirlos á la salvación, vigilar por las miras de la Providencia y obrar con sabiduría y celo pastoral.

Por lo que respecta á Nos, se Nos impone el deber apostólico de protestar de nuevo enérgicamente contra todo lo que con tanto daño de la Religión se ha hecho, se hace ó se intenta llevar á cabo en Italia; defensores y tutores que somos de los sagrados derechos de la Iglesia y del Pontificado, abiertamente rechazamos y denunciamos á todo el orbe católico las ofensas que la Iglesia y el Pontificado reciben de continuo especialmente en Roma, y que Nos hacen más fatigoso el gobierno del Catolicismo y Nos arrastran á un estado grave é indigno de nuestra condición.

Por lo demás, estamos firmemente animados á no omitir ni dejar de hacer por nuestra parte nada de lo que pueda ayudar á mantener viva y vigorosa la fe entre el pueblo italiano y protegerla contra los asaltos y ataques de los enemigos. Apelamos por esto, Venerables Hermanos, á todo vuestro celo y vuestro amor por la salvación de las almas, aumentado por la gravedad del peligro, á fin de que busquéis los remedios y pongais en práctica todo lo que se pueda para conseguirla. No debemos dejar de emplear ninguno de los medios que estén en nuestra mano; todos los resortes de la palabra, toda la industria de la acción, todo el tesoro y ayuda de la gracia que la Iglesia nos concede, tienen que emplearse en la formación de un clero instruido y lleno de espíritu de Jesu Christo por la cristiana educación de la juventud, por la extirpación de las malas doctrinas, la propagación de la verdad católica, por la conservación del carácter y del espíritu cristiano dentro de las familias.

En cuanto al pueblo católico, es necesario antes que todo que conozca el verdadero estado de la Italia, la índole esencialmente religiosa que reviste en Italia la lucha contra el Pontífice, y el fin verdadero y el propósito que persigue; que se persuada con la evidencia de los hechos, de cómo está

constantemente amenazada su Religión, y se convenza por fin de los riesgos que corre de ser despojado del inestimable tesoro de la fe. Llevada á los ánimos tal convicción, y seguros, por otra parte, que sin la fe es imposible servir á Dios y salvarse, comprenderán que se trata de conseguir el mayor, por no decir el único, de los intereses que cada uno por su parte tiene el deber de poner en salvo antes que todo, aun á costa de los mayores sacrificios, bajo pena de su eterna desgracia ó infelicidad. Comprenderán también fácilmente que, siendo este tiempo de lucha descarada y manifiesta, sería ignominioso y vil desertar del campo y cobardemente esconderse.

Su deber es el de permanecer en el puesto, mostrarse á vistas claras verdaderos católicos por creencias y obras, conforme á su fe, y esto, tanto por la gloria de la fe como por la de Sumo Jefe, cuya bandera seguimos; y para no tener la inmensa desgracia de no ser reconocidos como soldados fieles en el día final por el Jefe supremo, el cual ha dicho que el que no está con él, está contra él. Sin ostentación y sin timidez, demos pruebas del verdadero valor que nace de la conciencia al cumplir un sagrado deber respecto á Dios y á los demás hombres. A esta franca profesión de fe deben unir los católicos una perfecta docilidad y filial amor para con la Iglesia; su sincero cariño para con los Obispos y una absoluta devoción y obediencia al Romano Pontífice.

En suma: reconocerán cuán necesario sea abstenerse de todo aquello que es obra de las sectas, ó que de las sectas recibe favor ó impulso, y que está contaminado del espíritu anticristiano que las anima, y darse desde luego con actividad, con valor y constancia á la obra católica, á las asociaciones y á las instituciones bendecidas por la Iglesia, encargadas y sostenidas por los Obispos y por el Romano Pontífice. Y puesto que el principal instrumento de que se sirven los enemigos es la prensa, en gran parte inspirada y sostenida por ellos, conviene que los católicos opongan la buena á la mala prensa, para defender la verdad, para la tutela de la Religión y para el sostenimiento de los derechos de la Iglesia.

Y como el deber de la prensa católica es descubrir las pérfidas intenciones de las sectas, ayudar y secundar la acción de los sagrados Pastores, defender y promover las obras católicas, así es deber de los fieles sostenerla efi-

cazmente, ya sea negando ó retirando todo favor á los periódicos pervertidos, ya concurriendo directamente cada uno, en la medida que pueda, á hacerla vivir y prosperar, en lo cual creemos que hasta ahora no se hace bastante en Italia. A este fin, los documentos que Nos hemos dado á todos los católicos, especialmente la Enciclica *Humanum genus* y la otra *Sap'ent'ie christiane*, deben ser particularmente enseñados é inculcados á los católicos de Italia. Que si por permanecer fieles á estos deberes hubiera que hacer algún sacrificio, acuérdense que el reino de los cielos padece violencia y que solo con hacerse violencia se conquista; y quien á sí propio se ama y ama á sus propias cosas más que á Jesucristo, no es digno de El.

El ejemplo de tantos invictos campeones, que generosamente y en todo tiempo lo sacrificaron todo: la ayuda singular de la gracia que hace suave el yugo de Jesucristo y ligero su peso, deben servirles poderosamente para templar el valor y sostenerles en la gloriosa campaña.

No habíamos considerado hasta ahora las presentes condiciones de las cosas en Italia más que en el concepto religioso, como que éste es para Nos principalísimo y eminentemente propio por razón del oficio apóstolico que sostenemos. Pero es tan necesario y propio de la obra considerarlo bajo el aspecto social y político, á fin de que vean los italianos que no solo es el amor de la religión, sino también el más sincero y el más noble amor de la patria el que debe movernos á oponernos á los impíos conatos de las sectas. Basta observar, para convencerse, los acontecimientos que se preparan en Italia en el orden social y político que la gente que tiene por empeño, y no lo disimula, el combatir sin tregua al Catolicismo y al Papado.

Ya la prueba del pasado es por sí demasiado grande y muy elocuente. Esto que en este primer periodo de su nueva vida se advierte en Italia por la moralidad pública y privada, por el orden y tranquilidad interior, por la prosperidad y riqueza nacional, es aún más notable por aquellos hechos de que Nos podemos hablar. Los mismos que, aun teniendo interés en ocultarlo, obligados por la verdad, no lo ocultan.

Nos diremos solo que en las condiciones presentes, por una triste pero verdadera necesidad, las cosas no podrán andar de otra manera: la secta masónica, por cuanto ostenta un espíritu de beneficencia y de filantropía, no puede ejercer más que una influencia funesta: y decimos funesta,

porque combate y tiende á destruir la Religión de Cristo, verdadera bienhechora de la humanidad.

Todos saben hasta qué punto y de que manera ha influido saludablemente la Religión en la sociedad. Es incontestable que la sana moral pública y privada es el honor y la fuerza de los Estados; pero es igualmente incontestable que sin Religión no puede haber buena moral, ni pública ni privada. De la familia, sólidamente constituida sobre las bases naturales de una vida piadosa, nace el incremento y la fuerza de la sociedad. Sin Religión y sin moral, el consorcio doméstico no tiene estabilidad, y los vinculos de la familia se relajan y disuelven. La prosperidad de los pueblos y de las naciones viene de Dios y de su bendición.

Si un pueblo no solo no la reconoce como procedente de Dios, antes bien contra Él se subleva y la soberanía de su espíritu le dice que nada hay nuevo fuera de él, la fortuna que obtenga no será sino una larva de prosperidad condenada á desvanecerse tan pronto como plazca al Señor confundir la soberbia y la audacia de sus enemigos.

La Religión es la que, penetrando en el fondo de la conciencia de cada uno, le hace sentir la fuerza del deber y le impulsa á seguirlo. La Religión es la que da á los príncipes sentimiento de justicia y de amor para sus súbditos; que rinde y sujeta fiel y sinceramente á sus partidarios: que hace rectos y buenos á los legisladores, justos e incorruptibles á los magistrados, valerosos hasta el heroísmo á los soldados, diligentes y probos á los administradores. La Religión es la que hace reinar la concordia y el afecto entre los cónyuges, el amor y el respeto entre los padres y los hijos, que inspira á los pobres el respeto á sus bienhechores, y á los ricos el recto uso de sus rentas. De esta sumisión á los deberes y de este respeto á los derechos de los demás nace el orden, la paz, la tranquilidad, que son tanta parte de la prosperidad de un pueblo y de un Estado. Suprimida la Religión, desaparecerían con ella al mismo tiempo todos esos bienes de la sociedad.

Para Italia la pérdida sería mucho más sensible. Sus mayores glorias y grandezas, por las cuales gozó del primado durante largo tiempo entre las naciones cultas, son inseparables de la Religión, la cual le proporcionó, le inspiró, le aseguró los favores y le ayudó á ese incremento. Por las públicas franquicias hablan sus Comunes, por las glorias militares hablan tantas empresas memorables con-

tra los enemigos declarados del nombre cristiano; por la ciencia hablan las Universidades fundadas, favorecidas y privilegiadas por la Iglesia; por las artes hablan infinitos monumentos de todos géneros, de los cuales está sembrada con profusión toda Italia; por las obras en favor de los miserables, de los desgraciados, de los obreros, hablan tantas fundaciones de la caridad cristiana, tantos asilos abiertos para toda suerte de indigencia y de infortunio, y las asociaciones y corporaciones que han crecido bajo la égida de la Religión.

La virtud y la fuerza de la Religión son inmortales, porque vienen de Dios, tiene tesoros para hacer el bien, remedios eficacísimos para los necesitados de todos los tiempos y de cualquier época, á los cuales atiende admirablemente. Lo que ha sabido y podido hacer en otros tiempos, es capaz de hacer todavía con una fuerza siempre nueva y vigorosa. Quitar, por tanto, á Italia la Religión, es destruir de un golpe la fuente más fecunda de tesoros y socorros inestimables.

Además, uno de los más grandes y formidables peligros que corre la sociedad presente es la agitación socialista, que amenaza destruirla hasta en sus cimientos. No permanece inmune Italia de tanto peligro, y, si bien otras naciones están más infestadas que Italia de este espíritu subversivo y de desorden, no es menos cierto, sin embargo, que este espíritu se va esparciendo y propagando cada día con mayor intensidad. Es tal su naturaleza, tanto el poder de su organización, tanta la audacia y atrevimiento de sus propósitos, que se hace preciso reunir todas las fuerzas conservadoras para detener su marcha ó impedir con éxito su triunfo. De estas fuerzas, la primera y principalísima con que debe contarse es con la que pueden dar la Religión y la Iglesia. Sin éstas, resultarían inútiles ó insuficientes las leyes más severas, los rigores de los tribunales y la misma fuerza armada.

Así como en otro tiempo, contra la dominación bárbara no sirvió la fuerza material, sino la virtud de la Religión cristiana, que penetrando en el espíritu de los vencedores, les quitó la ferocidad, y la aspereza de sus costumbres y les hizo obedientes á la voz de la verdad y de la ley evangélica; así contra las iras de la multitud desenfrenada ninguna fuerza será eficaz sin la virtud saludable de la Religión, la cual, haciendo brillar en las inteligencias la luz de la verdad, é infiltrando en los corazones los santos preceptos de la moral

de Jesucristo les haga sentir la voz de la conciencia y del deber, y ponga freno á los impetuosos de las pasiones. Combatir, por tanto, á la Religión, es privar á Italia del auxiliar más poderoso para luchar con un enemigo que cada día es más formidable y amenazador.

Pero no es esto todo: como en el orden social la guerra hecha á la Religión es funestísima para Italia, así en el orden político la enemistad con la Santa Sede y con el Romano Pontífice es para Italia fuente y origen de gravísimos daños; y aunque no sea precisa la demostración para completar Nuestro pensamiento, resumiremos en breves frases las conclusiones. La guerra hecha al Papa quiere decir para Italia división profunda entre la Italia oficial y la gran parte de los italianos verdaderamente católicos, y cualquier división es debilidad; quiere decir, privación del favor del concurso de la parte más genuinamente conservadora; esto es, sostener en el seno de la nación un conflicto religioso, que no solo no contribuye al bien público, sino que lleva en sí mismo los gérmenes funestos de los males y de gravísimos castigos.

En cuanto al exterior, el conflicto con la Santa Sede, además de privar á Italia del prestigio y del esplendor que la circundaría seguramente de vivir en paz con el Pontificado; la enemistad con todos los católicos del mundo, la impone inmensos sacrificios, y en cualquier ocasión puede proporcionar á los enemigos un arma para volverla contra ella.

¡He aquí el bienestar y la grandeza que esperan á Italia, que teniendo la dicha en su mano hace cuanto puede por abatir la Religión católica y el Pontificado, siguiendo las inspiraciones de las sectas!

Si, por el contrario, se rompiese toda solidaridad y conveniencia con las sectas, y se otorgara á la Religión y á la Iglesia, como la más poderosa fuerza social, verdadera libertad y el pleno ejercicio de sus derechos, ¡qué feliz cambio se operaría en los destinos de Italia! Los daños y los peligros que lamentamos, y que son como resultado de la guerra á la Religión y á la Iglesia, no solo cesarían al terminar la lucha, sino que volverían á florecer sobre el selecto suelo de la Italia católica la gloria y la grandeza de que la Religión y la Iglesia han sido siempre fecundas.

Por su divina virtud se reformarían las costumbres públicas y privadas, y los vínculos de la familia, y los ciudadanos, bajo el influjo religioso, experimentarían más vive

el sentimiento del deber y más resolución para cumplirle.

Las cuestiones sociales, que ahora tienen tan preocupados los ánimos, recibirán la mejor y más completa de las soluciones con la aplicación práctica de los preceptos de caridad y justicia evangélicas; la libertad pública, imposibilitada de degenerar en licencia, serviría únicamente para el bien, y llegaría á ser verdaderamente digna del hombre; las ciencias, por la verdad de que la Iglesia es maestra, y las artes por la potente inspiración que la Religión recibe de lo alto, y que tiene el secreto de comunicar á todos los espíritus, recibirían nuevo impulso y nuevas excelencias.

Hecha la paz con la Iglesia, quedará cimentada la unidad religiosa y concordia civil; cesará la división entre los católicos fieles á la Iglesia y á Italia, la cual adquirirá de esta suerte un poderoso elemento de orden y de conservación!

Atendidas las justas demandas del Romano Pontífice, reconocidos sus soberanos derechos y colocado en condiciones de verdadera y efectiva independencia, los católicos de las demás partes del mundo no tendrían ya motivo para considerar á Italia como enemiga de su Padre común: ellos, que, no por ajeno impulso, sino por sentimiento de fe y dictamen del deber, alzan unánimemente su voz para reivindicar la dignidad y la libertad del Pastor supremo de sus almas.

Crecería para Italia el respeto y consideración de los demás países de vivir en armonía con la Sede Apostólica, la cual ha hecho experimentar á los italianos de un modo especial los beneficios de su presencia entre ellos; así, con los tesoros de la fe que se difundirá siempre de este centro de bendición y de salud, harán que también, se difunda entre ódas las gentes grande y respetado el nombre italiano, Italia reconciliada con el Pontífice y fiel á su Religión, estaría dispuesta para emular dignamente sus antiguas glorias, y en todo aquello que constituye el verdadero progreso de nuestra edad recibiría nuevo estímulo para adelantar en su glorioso camino.

Y Roma, ciudad católica por excelencia, predestinada por Dios para centro de la Religión de Cristo, y Sede de su Vicario, que fué base de la estabilidad y grandeza de aquélla á través de tantos siglos, y de tan varios acontecimientos; repuesta bajo el pacífico y paternal cetro del Romano Pontífice, volvería á ser lo que la hicieron la Providencia y

los siglos, no mera capital de un Reino particular, sino dividida entre dos diversos y soberanos poderes, dualismo contrario á su historia, sino la digna capital del mundo católico, engrandecida con la majestad de la Religión, y maestra y ejemplo de moralidad y de civilización de los pueblos.

No son estas, Venerables Hermanos, vanas ilusiones, sino una esperanza apoyada en el más sólido y veraz fundamento. La aserción que desde hace tiempo se viene divulgando, de que los católicos y el Pontífice son enemigos de Italia y casi otros tantos aliados de los partidos subversivos, no es más que una gratuita injuria y grosera calumnia esparcida por arte de las sectas para facilitarse el camino y despejarlo de los obstáculos que se oponen á su execranda obra de descatozar á Italia.

La verdad que resulta clarísima de cuanto hemos dicho anteriormente, es que los católicos son los mejores amigos del propio país y que dan prueba de fuerte y veraz amor, no solamente á su Religión, sino á su Patria, diferenciándose en esto enteramente de las sectas consagrándola su espíritu y sus obras, haciendo todos esfuerzos, porque Italia no pierda, antes bien conserve vigorosamente la fe; no combata á la Iglesia, sino que sea hija fiel de ella; no hostigue al Pontificado, sino que se reconcilie con él.

Cooperad todos, Venerables Hermanos, á fin de que la luz de la verdad se haga camino en medio de la multitud, y que esta llegue á comprender finalmente dónde se encuentra todo bien y todo cuanto verdaderamente le interesa y persuadirse que solo en la fidelidad con la Religión y en la paz con la Iglesia y el Romano Pontífice, se puede esperar para Italia un porvenir digno de su glorioso pasado.

A esto queremos que dirijais vuestros pensamientos; y no Nos dirigimos á los afiliados á las sectas, los cuales con propósito deliberado tratan de basar sobre la ruina de la Religión católica el nuevo asiento de la Península, sino á los otros que, sin acoger esas ideas, ayudan la obra de aquéllos cooperando á su política, y particularmente á los jóvenes, tan fáciles de incurrir en el error por efecto de inexperiencia ó por dominio del sentimiento. Queremos que todos se persuadan de que el camino que se está recorriendo es fatal para Italia y al denunciar ahora de nuevo el peligro, no Nos mueve más que la conciencia del deber y el amor á la Patria.

Mas para iluminar las inteligencias y hacer eficaces nuestros esfuerzos, es preciso invocar, ante todo la ayuda

del cielo; á nuestra común acción vaya unida, Venerables Hermanos, la plegaria general, constante, fervorosa, que haga dulce violencia al Corazón de Dios y le vuelva propicio á nuestra Italia, librándola de esa plaga que sería la más terrible de todas: la pérdida de la Fe. Pongamos de mediadora cerca de Dios á la gloriosísima Virgen María, la invicta Reina del Rosario, que tanto poder tiene sobre las fuerzas del infierno y tantas veces ha hecho sentir á Italia los efectos de su maternal predilección. Recurramos á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, que conquistaron para la fe esta tierra bendita, que santificaron con sus esfuerzos y bañaron con su sangre.

Recibid, entre tanto que llega la ayuda que pedimos, en muestra de Nuestro especialísimo afecto, la Apostólica bendición, que desde lo íntimo de Nuestra alma os enviamos á vosotros, Venerables Hermanos, á vuestro clero y al pueblo italiano.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el quince de Octubre de mil ochocientos noventa, año decimotercero de nuestro Pontificado.

LEON PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA
ad Episcopos, clerum et populum Italiae.
LEO PP. XIII
VENERABILES FRATRES
SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Apostolici Solii celsitudine, ubi Nos ad prospiciendum salutem omnium populorum divina Providentia posuit, in Italia, cuius in sinu Deus Vicarii sui sedem, singularis ac praecipui amoris actu collocavit, et unde nihilominus multiplices Nobis, eaque gravissimae moeroris causae proveniunt, noster saepenumero se liget obtulus. Haud equidem personales offensionae, privationes, libertatis, quietis atque regiminis sacrificia, praesent rerum conditione Nobis imposita, Nos contristant, neque iniuriae ac ludibria, quae procaecibus scriptis praelo impressis, in Nos quotidie iacendi plena quisque frui potestate. Si de nostra tantummodo Persona ageretur, et nisi ruina prae oculis versaretur, quem Italiae, Fide sancta periclitanti, imminere conspicimus, silentio perferremus offensas, dicere gestientes et Nos, quod unus ex praeclarissimis Praedecessoribus nostris de se scribebat: «Si terrae meae captivitas per quotidiana momenta non exeresceret, de despectione mea atque irrisione laetus stacerem.» S. Greg. M. Ep. ad Maurit. Imperat. Sed praeter quam quod de libertate dignitateque S. Sedis res est, ipsa Religio et salus agitur universae Nationis, et quidem talis Nationis, quae a primis ipsis Ecclesiae temporibus Fidem Catholicam laeta excepit, samque semper sollicito custodivit.

Quod incredibile videtur, et tamen verum est, eo devenimus, ut a Nobis huic nostrae Italiae Fidei amissio metuenda sit. Saepius ad arma conclamavimus, ut periculum adverteretur sed nequaquam ideo satis Nos fecisse arbitramur.

Urgentibus continuis ac semper ferocioribus aggressibus, validiorem Officii nostri conscientiam, quae ad vos, Venerabiles Fratres, vestrum Clerum, Italumque populum iterum alloquendos extimulat, intime persentimus, Quoniam inducias non facit hostis, ideo nec Nobis, nec vobis si ere licet, aut esse otiosis, qui Religioni populorum nostris curis conceditorum tuendae Custodes ac Vindices, Pastores atque Execubiae Gregis Christi constituti sumus, pro quo ad vitae ipsius periculum, si opus sit, subeundum, nedum ad cetera omnia emittende, praesto nos esse oportet.